

EDITORIAL

Salud y ministerio

Conviene recordarlo a menudo: la vocación sacerdotal no es la concesión de un privilegio a un individuo en la Iglesia, sino un don de Dios. Este regalo que el Señor hace a quien llama, lo es también y sobre todo para la comunidad cristiana que peregrina en la historia.

Cada comunidad de seguidores de Jesús ha de tomar conciencia, una y otra vez, de cuál es su papel: ser presencia viva del Padre misericordioso en su aquí y ahora. Por este motivo tiene necesidad de pastores sencillos, próximos, testigos del amor al Padre y a los hermanos; de guías que, como el Pastor bueno, dan su vida por las ovejas en el servicio diario a la Iglesia; de caminantes comprometidos con este mundo herido, del que no pueden desentenderse; en definitiva, de ministros servidores de la Palabra y de la eucaristía, personas equilibradas en un tiempo de grandes desequilibrios.

Cada llamada específica que surge en el corazón del Pueblo de Dios tiene su raíz única y su verdadero sentido en el sacramento del bautismo. En esta línea, el ministerio sacerdotal no sólo ha de comprenderse a la luz de este sacramento, sino que ha sido suscitado para acompañar a los creyentes representando a Cristo Cabeza y Pastor. Dicha misión requiere unas actitudes y una madurez que no se improvisan, pues su modelo y referencia es el Buen Pastor, que dio la vida por las ovejas en infatigable entrega, amor desinteresado y cuidado constante.

Para desempeñar este servicio pastoral se requiere una madurez personal y un estilo de vida sano. No es posible, por consiguiente, entender el ministerio como refugio, o sea, como un lugar donde nunca van a existir problemas y van a poderse soslayar conflictos. De hecho, cuando un sacerdote se cierra en su mundo y manifiesta ciertos rasgos de «autismo», cuando predominan en él la intolerancia y el juicio implacable, cuando no integra su propia debilidad humana como punto de partida para la misión, puede vislumbrarse una falta de salud pastoral que revela una más que probable anemia espiritual y un desentendimiento de todo aquello que tiene que ver con lo humano.

Durante el Año de la misericordia (2016), el papa Francisco exhortó a los sacerdotes a integrar esta cualidad divina en el ejercicio de su ministerio. Con su sorprendente invitación, no estaba haciendo otra cosa que ofrecer un camino posible de sanación vocacional y un método sencillo para ordenar desde la gracia la propia vida. En el Dios misericordioso el sacerdote puede experimentar el perdón que invita a renovar su existencia y, desde ahí, ofrecer el don del consuelo a quienes se acercan a él o se cruzan en su camino.

Esta experiencia de renovación personal evoca la necesidad, cada vez más urgente, de valorar el acompañamiento espiritual entre los sacerdotes. No en vano, el acompañamiento constituye, junto con la escucha de la Palabra y la participación en la eucaristía, uno de los pocos elementos imprescindibles para dotar de solidez y vivir desde la fidelidad el regalo de la vocación ministerial.